

Visión antropológica del espacio medieval

*Luis Rojas Donat**

NACIMIENTO DEL MUNDO MEDIEVAL

El Occidente medieval nace como pura realidad geográfica. Lo que se ha llamado Edad Media, y que convencionalmente surge a partir del siglo V, nace de la destrucción del mundo romano. La civilización romana, que se arruina desde el siglo III, se va desvaneciendo, se va diluyendo en medio de una nueva realidad histórica fuertemente corrosiva; el inmenso espacio geográfico va tragándose después del siglo V los últimos vestigios de civilización. El debilitamiento del *limes*, que es —como ha dicho agudamente Jacques Le Goff— una verdadera muralla china del Occidente, representa el fracaso del intento romano por consolidar la posesión del espacio, seccionándolo al plantear un *intra* y un *extra*; hay, pues, en el mundo romano un espacio civilizado, que es el *adentro* y un espacio dominado por la barbarie, el *afuera*. El proyecto histórico romano se ha construido en torno a la ciudad, con su ritmo, con su estilo, con su espacio urbano y con su perímetro. El mismo derecho creado por Roma es un derecho civil, para los ciudadanos, para la ciudad. Pero la paulatina pérdida del espíritu cívico, del estilo ciudadano de vida, es producto y consecuencia a la vez de la dirección que han tomado los acontecimientos al interior del mundo romano. La inevitable y a la vez progresiva incorporación de numerosas comunidades ajenas al *civismo* —como llamaban ellos mismos *bárbaras*—, ha contribuido también, junto a tantos factores internos y externos, a hacer prevalecer el dominio de los enormes espacios geográficos marginales a la civilización romana. Se amplía el espacio geográfico de tal manera, que viene a quedar obsoleta la identificación de Roma con el espacio habitado y habitable.

* Presidente de la Sociedad Chilena de Estudios Medievales (SCEM), Profesor de Historia Medieval y Moderna en la Universidad del Bío-Bío y de Historia del Derecho y las Ideas Políticas en la Universidad San Sebastián.

porque al abrirse lentamente las fronteras, se dio cabida a una manera diferente de ver el mundo, la que llevaban consigo todos los pueblos germanos, la que finalmente, durante la alta Edad Media, acabaría por imponerse. A partir de entonces Roma deja de ser la que fue, agotada tras mil años de dominio y expansión, no tiene ya vigencia como fuerza histórica, ni habrá nunca más otra de esa envergadura que la reemplace. La *Romania* ha pasado a transformarse en pura geografía, un solo gran espacio. Como ha dicho Georges Duby, la Europa occidental se ha ruralizado hasta tal punto que a comienzos del siglo VIII es una comarca salvaje, solamente matizada por algunos enclaves civilizados en el área mediterránea, irradiados por el influjo cultural griego. Los ámbitos geográficos romanizados, que eran considerados como parte de la civilización romana, única realidad histórica convencionalmente civilizada, comenzaron a conectarse con espacios geográficos tan grandes que parecían eternamente vacíos de huella humana, como las enormes zonas boscosas al norte del Rin, o la inmensidad de la estepa euro-asiática. Las provincias —v.g., Hispania, Galia, Britania—, expuestas con mayor rudeza a la infiltración de las nuevas fuerzas históricas, comienzan un progresivo proceso de emancipación que hará revertir la tradicional política centralizadora de la península italiana para luego convertirse en conquistadoras. Junto al primitivo éxito geográfico de la romanización, que mirada desde este punto de vista, constituye una fuerza centralizadora del espacio geográfico, surgen simultáneamente las fuerzas centrífugas provinciales —esto es, marginales—, manifestadas en el ascenso de varios emperadores romanos de origen provinciano. Roma no es ya exclusivamente romana.

Pero, desde una perspectiva macrogeográfica, el destino histórico del *orbis romanus* (desde un poco antes de Constantino convertido ahora en *orbis christianus*) sufre un grave desequilibrio de profundas raíces, pues el centro de gravedad se va trasladando hacia el sector oriental, perdiendo el Occidente gran parte de su sustancia. La decadencia o anemia de la vida ciudadana, que es el eje central del gobierno romano, se manifiesta como consecuencia del desvanecimiento progresivo del espíritu cívico, con lo cual Roma pierde el control sobre su espacio geográfico. Cuando comienza a prevalecer la amplia geografía del Occidente por sobre el pequeño espacio ciudadano, definido y concreto, entonces estamos en presencia del nacimiento de un nuevo espíritu que anima a un nuevo período: el mundo medieval.

Cuando la ciudad, entendida como el pilar de la civilización romana, deje de tener influencia sobre los destinos del *orbis romanus*, y deje, por lo tanto, de ser el faro que ilumina y extiende el brazo romano, protector y dominador, entonces ya no habrá poder aglutinador, sino que el tono de la Historia será, pues, la dispersión. El ascenso de las provincias, que van poco a poco expresándose política como económicamente, generan fuerzas centrífugas de gran envergadura en el largo tiempo. Son espacios aledaños al núcleo de la Italia los que van emplazando al mundo romano en la encrucijada histórica de la unidad o la diversidad. Esta disyuntiva, como ya puede vislumbrarse, tiene una gran impronta geográfica: el dominio del espacio sometido se hace imposible ante la llegada de pueblos que no consienten el arraigo como forma de cultura, sino el movimiento sobre el espacio. La estepa rusa, manifestada en la presencia de los hunos, pechenegos, entre otros, llegará hasta el corazón del Occidente cristiano causando en éste hondas transformacio-

nes. La romanización, sinónimo de arraigo y unidad, terminará por ceder a esta fuerza destructora, la diversidad y el movimiento. Campeona del conservadurismo, Roma cultivará una civilización sustentada en la Tradición, en la estabilidad, en la permanencia. Hermosa creación de inmovilismo, que no resistirá las fuerzas innovadoras y a la vez destructivas de los llamados pueblos *bárbaros*. La ruina y posterior transformación del mundo romano es el triunfo del espacio indómito sobre el espacio dominado culturalmente, la ruralidad por sobre la civilidad; políticamente, la diversidad en vez de la unidad.

Los nuevos tiempos se definen por el predominio absoluto de la campiña. Lo rural lo es todo y a la vez es nada, porque de allí no surge todavía —no antes del siglo VIII— ninguna fuerza histórica que se constituya en la reemplazante de la propuesta civilizadora romana. En verdad, nunca más habrá en la Europa occidental otra realidad histórico-geográfica como Roma.

Este período ha sido difícil de estudiar, porque pesa sobre él una laguna documental. En el siglo pasado, cuando los historiadores y la ciencia histórica no ofrecían otra imagen del pasado, sino aquella que podía deducirse a partir de los textos escritos —el *panem nostrum* del medievalista—, fue bautizada como *edad oscura* (*dark ages*) a la que siguió al desastre romano. La razón de este absurdo nombre, que ha servido únicamente para tachar a todo el período medieval, se debe a la carencia de testimonios escritos. Sin embargo, en la actualidad, gracias a la paciencia de algunos especialistas arqueólogos y al desarrollo de técnicas sofisticadas de datación y análisis de muestras de tierra y huesos, se ha suplido cuanto ha sido posible la información que nos han negado los textos.

Así, pues, en esta malamente llamada *edad oscura*, el edificio de la civilización se encuentra en el siglo VI esparcido por el Occidente como si fuera una ánfora destrozada en el suelo. ¿Qué puede esperarse del primer momento sino el caos? No surgirá en Occidente una fuerza histórica capaz de aglutinar los *retazos* del mundo romano sino hasta el siglo IX y de una manera bastante elemental. Por cierto, ni siquiera juntos estos retazos pueden ya reconstruir lo que se ha perdido. Tampoco la Iglesia es todavía un factor de cohesión; ésta se ha moldeado en las estructuras romanas, sin más compromiso que el de apoyarse para subsistir. El Cristianismo ha penetrado la cúpula romana hasta conquistarla, pero no es más que un aliado sin compromisos romanos, que se sirve del sistema para divulgar una visión *universal* (*katholikós*) del mundo, imposible de verse encasillada exclusivamente en una civilización dada. Primero perseguida, después acogida en calidad de única y verdadera, la Iglesia se hará romana al encontrar en esa ciudad el centro del *mundo* y eje coordinador de una tarea que desbordaba ampliamente las fronteras romanas. Por el contrario, la Iglesia se convertirá en aliado permanente, estructurador, conductor e inspirador de los nacientes y primitivos reinos germánicos de la Europa medieval.

ESPACIO Y LAS COMUNICACIONES

Desde siempre, y con toda razón durante la Edad Media, la inseguridad que produjo la desaparición del *orden* romano, contribuyó a hacer difíciles las comunicaciones. Viviendo en pequeñas comunidades rurales aisladas entre sí, los hom-

bres sentían que la naturaleza ejercía una supremacía insoslayable, desbordante y opresora. De hecho, la cantidad de habitantes, comparado con el mismo existente durante el Imperio romano, disminuyó a límites que no pueden precisarse, debido a la carencia de registros, pero que, por indicios indirectos incuestionables, sin duda, debieron estar en el mínimo. Esta contracción demográfica —o mal llamado “despoblamiento”— encuentra explicación en la mencionada inseguridad, y con ello, la vida de relación —lo que hoy se llama *convivialidad*— se resintió ostensiblemente, pues muchos de los caminos romanos no eran reparados y los numerosos puentes que aquellos construyeron, dejaron de atenderse, con lo que el deterioro se hizo irremediable. Por eso, la vía fluvial se usaba siempre que era posible. No así la marítima del Mediterráneo, que ante la ausencia de las flotas romanas, se infestó de piratas, y después del siglo VII, fue dominada por los nacieres navegantes árabes. Ni pensar en el Mar del Norte, zona de hegemonía incontrarrestable de los normandos.

La velocidad de los desplazamientos durante la Edad Media no varió hasta fines del siglo XIX. Los hombres seguían movilizándose a pie, los pobres, sobre el caballo o la carreta, los más ricos, por los mismos caminos transitados durante siglos, evitando siempre los despoblados y con ello, la posibilidad de asaltos. Durante este período, y podríamos extenderlo hasta fines del siglo pasado, la sociedad ha entendido cabalmente la parábola del buen samaritano, que aparece pintada en numerosos textos de corte religioso, pues ella respondía bien a las necesidades laicas de ese presente. Esto nos indica que las comunicaciones se encontraban supeditadas a la obtención de forrajes, pues nadie podía tener la seguridad de disponer de ellos durante el viaje largo. A pesar de la inseguridad el hombre medieval se desplaza en el espacio; lo hace la aristocracia que prefiere dominar y mandar *in situ*, y también consumir los productos de sus tierras en los lugares donde se producen, controlando el pago de los tributos de sus vasallos. Los mercaderes, minuciosos en el buen manejo de sus negocios, celosos en la compra y la venta, y preocupados de poder reunir en un mismo lugar a una clientela en número suficiente para garantizar la ganancia, han tenido que desplazarse ellos personalmente y no delegar funciones tan importantes. De hecho, el negociante no esperaba a sus clientes en una tienda. A estos deambuladores frecuentes, el pueblo les califico de *pies polvorientos*, forasteros siempre en todo lugar. Este nuevo tipo social surgido durante el siglo XI, que no trabaja la tierra, no es señor ni mendigo, tampoco bandido, se gana no obstante la vida. Actividad sospechosa para la Iglesia y para el pueblo, pues se enriquecía sin esfuerzo visible, ya que vendía los productos que la tierra entregaba para todos, revendiendo otros, en abierta oposición a la caridad. No podía gozar de la gracia de Dios este errabundo de espacios prohibidos, en contacto con paganos, desarraigados sin patria ni hogar. Poco a poco, en la Teología como también en el campo, en las ciudades, en los castillos se empezó a ofrecer un espacio al viajero, al peregrino y también al comerciante. Ello está en conexión con los progresos materiales que el Occidente comenzó a tener entrado el segundo milenio: las ciudades, los caminos, la seguridad, la circulación monetaria, el aumento de la población.

Por su parte, los religiosos o los sacerdotes se movilizaban en busca de los grandes maestros que, dispersos por la Cristiandad, esperaban discípulos de na-

ciones diversas. Otras enseñanzas o nuevos libros constituían también otro incentivo, contraviniendo las recomendaciones de los eclesiásticos reformadores que buscaban sedentarizar a la comunidad monacal. A decir verdad, la vida al interior de la Iglesia ayudaba a crear las condiciones favorables para el *nomadismo*: la lengua latina —el inglés de la Edad Media— permitía ponerse en comunicación en cualquier parte del *orbis christianus*; los numerosos monasterios de varias ordenes religiosas —cluniacenses, cistercienses, franciscanos, cartujos, etc.— se hallaban repartidos en todo el Occidente; el inmenso patrimonio territorial de la Iglesia cubría todas las regiones de la Europa, en fin, el mismo carácter *universal* de ella, esto es, su internacionalidad, la ponía por encima de todas las regionalidades. La Iglesia ha tenido durante la Edad Media, y todavía lo tiene, una dimensión geográfica de enorme peso histórico.

Mucha gente viajaba durante el medievo. En los caminos siempre había viajeros de toda índole desplazándose hacia diversos lugares: aquellos que habían desafiado la autoridad, los que huían por la guerra, los que se vieron obligados por el hambre a dejarlo todo, los que sin patria ni hogar aventuraban el futuro buscando lo nuevo, los campesinos que se arriesgaban dejando la querencia a la búsqueda de nuevas y mejores tierras para roturar, en fin, los peregrinos que se imponían la obligación de visitar alguno de los muchos santuarios dispersos en la cristiandad o Tierra Santa, con el objeto de redimir los pecados del cuerpo y del alma. Esta sociedad tan movediza necesitaba de caminos; los había muchos en la Europa, tanto los que se lograron conservar de la época imperial romana, como aquellos que la necesidad había hecho construir durante la Edad Media. La inmensa trama caminera bifurcaba los caminos hacia puntos varios y entonces el espacio medieval, cubierto por la espesura de los bosques, se abría ante la mirada expectante del viajero. Sin las indicaciones señalizadas que ahora disfrutamos en las rutas, el errante, el peregrino y hasta el mismo mercader, hacía su viaje sin saber con exactitud la ruta a recorrer. Las continuas desviaciones, por equivocaciones, por peligros, por devoción, por necesidad, hacía que los deambuladores llegaran, de vez en cuando, a castillos alejados, monasterios distantes o burgos solitarios. Los obstáculos y peligros inherentes al campo, no impedían que los hombres se movilizaran por diversos motivos a regiones diferentes. Así, todos los lugares estaban, de algún modo, conectados a la red de comunicaciones que eran los numerosos caminos del Occidente europeo.

A pesar de que aparentemente esta sociedad se vea comunicándose fluídamente a través de su primitiva red vial, de hecho toda ella carecía de gran parte de la información de su tiempo, diríamos hoy, no se estaba al día de cuanto sucedía en otras partes. El traspaso de información se hallaba supeditado necesariamente a los encuentros personales, pues el sistema de correos, que hubiera suplido este contacto, se perdió durante la alta Edad Media. Sólo la Iglesia, con toda una inmensa y bien conformada estructura administrativa —la única de su tiempo—, estaba al tanto de todo lo que sucedía en cada rincón de la cristiandad, gracias a la valiosísima institución de las visitas *ad limina* que debían realizar todas las dignidades anualmente a Roma para informar de la marcha de sus diócesis. En parte debido a éstas, como también al eficiente sistema de correos intra-eclesiásticos, afortunadamente ella conservó durante todo el período —y después, por

supuesto— prácticamente toda la información de aquella época. Sin embargo, las dificultades ya mencionadas confabulaban contra la eficiencia de las comunicaciones. Semeja algo así como a espacios geográficos conectados o vinculados entre sí, pero deficientemente comunicados y menos informados.

El nomadismo del que hablamos, efectuado por motivos diversos en la Europa medieval, desde fines del siglo XI se hizo una práctica tan frecuente, que el viaje por motivos devocionales a santuarios célebres, se convirtió en un ejercicio espiritual corriente que limpiaba los pecados y granjeaba la amistad de los santos. La multiplicación de los viajeros durante los siglos XII y XIII, probablemente más que ningún otro suceso, impresionó grandemente a los contemporáneos. No obstante, algunos eclesiásticos desaprobaban esta práctica incontenible, como Honorius Augustodunensis que no admitía otro peregrinaje, sino el que tuviera por objeto la penitencia. En una época en que el feudalismo, con toda aquella carga de arraigo a la tierra, campeaba por todas partes —especialmente en los dominios de la Iglesia, la gran propietaria rural durante el medievo—, la movilidad de los campesinos generaba desorden, falta de control sobre los vasallos y comprometía los rendimientos agrícolas. Con todo, a fines de la Edad Media, otros religiosos terminaron por recomendar la penitencia en su propia patria, ya que el viaje de peregrinación daba ocasión para toda clase de diversiones, huir de la monotonía geográfica del terruño, tomar contacto con gente diversa y novedosa, conocer lugares lejanos, escapar de la mirada severa de la comunidad aldeana que oprime y, claro está, encontrar salida a las irrefrenables necesidades de la pareja cuestionada. La dureza de los tiempos al final del período, contribuyó a esta desincentivación del peregrinaje, ya que el mismo viaje, de haber sido considerado un deseo, pasa a transformarse en una penitencia, peregrinar a cualquier santuario resultaba un riesgo inmenso, al quedar el grupo de penitentes expuestos a toda suerte de robos, hambre, padecimientos y asesinatos por las bandas de mercenarios licenciados — muy abundantes en los siglos XIV y XV— y por los infieles.

El mito de la falta de comunicaciones ha edificado el otro del estereotipo de la autarquía medieval, tal vez el más duro de extirpar. La imagen que se ha construido de esta época en relación con el autoabastecimiento, visto como un verdadero sistema económico, es una gran falsedad. La autarquía supone la noción de una economía cerrada que estuvo lejos de ser el sistema que caracterizó al mundo medieval. Es cierto que las comunicaciones no fueron fluidas y ello cooperó al progresivo aislamiento de las comunicaciones, pero también es verdad que nunca hubo ausencia total de transacciones, incluso en las clases campesinas, donde el arraigo pudo coger de una manera más rotunda. La existencia de mercados, por pequeños y localizados que fueran, informa la presencia de intercambios entre los productores y la clase consumidora. Ni siquiera es posible imaginar la autarquía de los grandes dominios señoriales, porque ello hubiese significado que sus dueños no habrían conocido ni las armas, las joyas, el vino, las telas finas o tantos otros productos que no se producían en sus dominios. Los cambios, pues, eran un fenómeno limitado en esta sociedad, pero no inexistentes. Evidentemente, desarrollado para una sociedad de pocos habitantes y con bajísima capacidad de consumo, el sistema económico era esencialmente rudimentario y no estaba fundado en los intercambios, porque, aunque se abría un lugar significativo al desplazamiento

en el espacio, la verdad es que esta sociedad tendía, desde sus clases dirigentes, a arraigarse en la tierra nutricia, única fuente de riqueza y seguridad. Hay peregrinos y emigrantes, pero siempre es más la población sometida por las prestaciones personales que impone el feudalismo —mercancía del trabajo humano, diría Marx— que eran, a todas luces, más importantes desde el punto de vista económico que los intercambios. Con toda lógica, la comunicación a través de los caminos supuso el despertar de los intercambios, que unido a los adelantos agrícolas y al progresivo enriquecimiento de los mercaderes que buscan a través del dinero un ascenso social, desarrollaron el gusto por lo suntuario, el adorno, el aderezo. Con todo ello, lo que en verdad se buscaba era escapar a lo que era cotidiano, a todo lo habitual, esto es, a lo doméstico, en suma, a lo rústico. Esta era, pues, la mayor valía de los objetos extranjeros, su carácter exótico y diferente.

ESPACIO Y MINORIA CABALLERESCA

Desde el siglo X el caballero medieval —es decir, el terrateniente a cargo de un inmenso dominio rústico— es una persona que vive de las fatigas de terceros, y esto es precisamente lo que lo convierte en un *noble*. Su obligación en la sociedad, —su oficio— consiste en proteger con sus armas a la Iglesia y a los campesinos. Así se ha establecido por tradición ancestral que se remonta a las virtudes germánicas del hombre bien nacido. La guerra no es sólo un oficio sino, por sobre todo, una diversión; en ella encuentra sentido la virtud que cultiva este esforzado hombre, virtud que se identifica con el valor, la audacia y el desprecio de la muerte. En este sentido, la guerra se convierte en un atractivo irresistible para el caballero, pues resulta ser el mejor remedio para la monotonía de la vida campesina, para el aburrimiento. Poco preocupados por obligaciones administrativas, debido en gran medida a su rudimentaria educación y cultura, la vida de estos terratenientes transcurría en una atonía gris. Surge, pues, un ferviente deseo de diversiones que se canaliza en la propia tierra natal, cuando es posible, o bien este apetito se satisface en otros lugares lejanos. He aquí que el caballero deambule buscando emociones, grandeza y honores. La guerra se constituye en el mejor vehículo para la fama, la que debe encontrarse en zonas de frontera, menos pacificadas que el interior del continente. El mejor lugar, especialmente para la caballería de Borgoña y de Champaña, es la España musulmana; en cambio, menos espectacular es la Alemania del este con sus expediciones imperiales y avanzadas monásticas. Pero, sin duda, la expedición en 1060 del duque Guillermo de Normandía, arrastró a la conquista del reino de Inglaterra a los aventureros oriundos desde Flandes hasta Bretaña, todos ilusionados con la esperanza del botín y la aventura. Imposible olvidar a aquellos normandos que partieron a la Italia, poniéndose como mercenarios al servicio de las ciudades griegas o bien de los señores lombardos, o, más tarde, fundando reinos en territorios arrebatados al Islam, como Sicilia. La clase caballeresca francesa, ha señalado Marc Bloch, tuvo una especial inclinación al nomadismo, porque bastante numerosa en el espacio francés, éste probablemente se hiciera cada vez más estrecho para ella. Los normandos se caracterizaron entonces en ser deambuladores de grandes espacios en el Occidente medieval. Acaso, su posterior espacio natural —la Normandía— pacificado medianamente antes que

otros lugares a causa del fuerte centralismo que los duques impusieron a esa región, sea la razón que explica el movimiento de los caballeros hacia el exterior en busca de encuentros armados, que se hacían cada vez más esporádicos. En este sentido, la región flamenca ha jugado un papel parecido, contribuyendo a la errancia de una clase que se moviliza por el espacio medieval.

Es fácil reconocer los lugares a donde se han movilizado estos contingentes errabundos: les vemos en la España del Norte, disputándole el valle del Duero al Islam; se les ve en Oriente como mercenarios al servicio de Bizancio; muchos de ellos encuentran una nueva vocación conquistando y protegiendo los Lugares Santos. Combinando la aventura y la obra pía, no existe mejor forma de existencia, ideal perfecto: disfrutar de la vida y salvarse espiritualmente. La novísima idea de la *guerra santa* es, como puede apreciarse, una creación típicamente medieval y caballeresca, ya que consiste en una combinación entre la peregrinación y el combate. En ella no sólo estaba asegurado el placer de las armas, sino también la remisión de las faltas a través de las indulgencias salutíferas, la benevolencia divina para los combatientes caídos, y para el resto, las ganancias de la victoria. Para esto, cooperó la evidente recuperación de las condiciones materiales del Occidente. En efecto, partir de 1050, desaparece el signo más visible de la gravedad vital de la alta Edad Media: el hambre. Los más afectados por las anteriores catástrofes, los campesinos, gozan desde entonces del bienestar más importante del período: la seguridad alimenticia mínima.

Como a los campesinos, también a la aristocracia ayudó la mejoría de los tiempos. Hasta entonces habían vivido como todo campesino, unido y casi atado a la tierra. Los cambios se advierten en el grupo que siempre acompaña al caballero, que ahora se hace más numeroso, adquiriendo las características típicas del estilo feudal de vida: la corte, esto es, ese grupo de fieles y comensales que rodean y prestigian a todo caballero. Huyendo de la monotonía de la tierra de origen, aumentan las visitas a lugares diversos o lejanos, como también, se hacen cada vez más frecuentes los huéspedes ilustres que alegran la vida cortesana, porque, como nunca en el período anterior, ahora las condiciones generales de bienestar permitieron el desplazamiento más fácil de las personas. Estos movimientos espaciales de los grupos más violentos de la sociedad, permitían a la civilización del Occidente medieval disfrutar de tiempos menos turbulentos, al estar ausentes las guerrillas llevadas, las más de las veces, por motivos fútiles. Por el contrario, el retorno a la paz, que beneficiaba así al comerciante como al campesino, significaba para el caballero entrar en un período errante en busca de epopeyas. Por último, para ampliar las vivencias personales, aumentar la experiencia y conocer lo *nuevo*, que es para esta sociedad, una verdadera obsesión. Sólo así puede entenderse el verdadero auge de los viajes, que contribuye eficazmente a crear una salida para escapar a la desesperante monotonía de la vida rural, acosada por las intrigas interminables de una vida de relación que a nivel familiar, dominada por lazos de consanguinidad muy estrechos, bordeaba la promiscuidad.

Para vivir como auténtico caballero era necesario hacerlo en el campo. No es que no pudiera ni quisiera vivir en la ciudad o en la villa, pero todos los elementos clásicos de su prestigio se hallaban en relación con lo bucólico. Su presencia en la ciudad, reducida a lo mínimo indispensable, se explica mucho menos por el

mero placer que por la imperiosa necesidad de cumplir con obligaciones que depa-
raba el ejercicio de ciertas funciones inherentes a su condición de marqués, conde
o duque: presidir el cabildo o ayuntamiento citadino, decretar la cuantía de los
tributos, administrar justicia en las innumerables querellas, dirigir las huestes de
protección, etc. No obstante, muchas razones contribuían a atraerlo al campo: los
pagos por los servicios guerreros prestados a un «grande», se hacían mediante la
entrega de señoríos rurales, por lo demás, la única riqueza propiamente tal para la
mentalidad noble del caballero. Allí, en medio de sus vasallos y recorriendo sus
tierras y bosques, podía sentir su golpeante superioridad y prestigio, al tiempo que
alejado de sus iguales o superiores —barones, obispos o señores de las ciuda-
des—, no encontraba competidores. Inevitable, pues, que en este ambiente en que
cada cual busca sentirse superior a otro mediante la arbitrariedad—el mejor y más
contundente método de diferenciación social—, se desarrolle el gusto por la vida al
aire libre.

Este gusto por vivir en el campo lo convierte en un hombre esencialmente
rudo, porque toda su existencia estaba íntimamente ligada a la de los campesinos.
En contacto estrecho con la naturaleza salvaje que hace sentir su rudeza con fuer-
za, el caballero sufre la impotencia ante un entorno natural que lo supera y absorbe.
Se encuentra irremediabilmente expuesto, sin defensa alguna, ante la obscuridad,
la enfermedad, el frío. En una civilización con escaso desarrollo material y poca
tecnología, todas estas realidades tocan mucho más duramente que hoy al hombre
de ese tiempo. Surgen así, toda suerte de supersticiones y percepciones sobrena-
turales para intentar explicar un universo inmenso y misterioso, transformándose
en una criatura sin capacidad de dominio sobre sus sentimientos, los impulsos de
su emotividad y la imaginación. Expresiones propias de un mundo habitado por
jóvenes —la esperanza de vida promedia los 30 años— las pasiones desatadas
constituyen una forma natural de vida, toda vez que estos hombres, disponen de
una resistencia física a los dolores o el frío superior a la nuestra.

Allí en el campo, el caballero, como también los campesinos, nunca están
solos, ni siquiera de noche, pues el señor duerme rodeado (o protegido) de sus
servidores. La soledad, de la que se huye permanentemente, se considera como
una de las más duras experiencias humanas, sólo resistible con la ayuda divina, en
la persona de los ascetas o santos. Presionada también esta sociedad por antiguas
tradiciones germánicas que obligan a enmarcar la vida dentro de la solidaridad
férrea del grupo consanguíneo o parentela (*sippe*), la convivencia estrecha en las
fortalezas genera la imprescindible protección, pero a la vez sofoca y oprime al
individuo en sus acciones personales, las que serán buenas o legítimas si favore-
cen a la *sippe* a que pertenece, y malas o inmorales si van contra ella. Fuera de la
sippe se es nadie. Nadie puede escapar al marco social de la *familia germánica*.

Todo auténtico caballero debe ser un cazador. El interés por la caza mayor,
que lo acerca a su gusto por las emociones violentas y fuertes, y en donde es
posible poner a prueba las habilidades y fuerzas físicas, hace que el caballero
encuentre en la vida al aire libre, especialmente en el bosque, un escenario natural
más de acuerdo con su estilo de vida. El bosque, que es concebido por el hombre
medieval no sólo como el espacio de árboles aglomerados sino también el llano
erizado e inculto, significa un sitio para una diversión típicamente aristocrática, ya

que el caballero, evidentemente, no caza como el campesino para vivir, sino por entretención. Y en esta diversión, acompañado de un gran séquito de vasallos y leales que le adulan como un gran público espectador, obligaba a toda la comitiva, a veces, a grandes desplazamientos en busca de un jabalí, un lobo, un siervo, un venado. Esta verdadera *puesta en escena* ofrecía las condiciones para lucir nuevamente su aplastante superioridad, al concluir la caza con un gran festín en el que el derroche de comida y bebida marcaban la enorme diferencia entre el hombre rico que come hasta hartarse, y el campesino que lo hace para sobrevivir.

Sin duda en todo tiempo, pero especialmente en épocas de crisis climáticas, sequías y otras calamidades, la caza debió significar una provisión importante de alimentos. La nobleza guerrera no buscaba en la caza un medio de subsistencia, sino una auténtica diversión en la que era posible agregar a su magra comida a base de cereales toscos, los productos de carnicería que en la dieta de aquella elite debía ser significativa. En efecto, en ello se tendía a demostrar también su posición en extremo privilegiada, su superioridad económica y prestigio social. De este modo, el espacio geográfico aparecía dividido para el hombre medieval en las áreas de cultivos, claramente delimitados por el trabajo del arado, y el bosque donde era posible practicar la caza mayor (osos, jabalíes, ciervos) y la menor (liebres, conejos, aves). Tan considerable fue el atractivo que esta zona del espacio tenía para toda la comunidad, que fue objeto de disputas entre la nobleza y el pueblo, por lo que, a diferencia de otras actividades excluyentes, la caza no fue un monopolio de clase. Su uso fue, de hecho, normado.

Entre las diversiones caballerescas que tienen relación con el espacio, están los torneos. Estos se adentran en un pasado que se remonta a la alta Edad Media y cuya permanencia revela el gusto por las tradiciones de clase que caracteriza a esta aristocracia. Estas justas militares representaban la ficción de una batalla bien regulada, con premios y con la fama que llevaba consigo el ganador ante un numeroso público admirador. Organizadas con toda suerte de algarabía y pompa, ingentes gastos que sólo podían solventar los «grandes», de vez en cuando los monarcas y barones, los torneos reunían a todos aquellos *tournoyeurs* («torneadores») que buscaban fama y riqueza en los diferentes torneos que se organizaban por aquí y allá. He aquí que estos grupos contribuyeran a aumentar el contingente de errantes que caracteriza a la baja Edad Media.

Se ha dicho que la nobleza es esencialmente rural, y es cierto. Pero hay excepciones, como en el Norte y zonas mediterráneas, donde los nobles, junto a sus casas campestres, tenían residencia en las pequeñas ciudades. Pero obviamente, era en el espacio rural donde alcanzaba todo su verdadero rango y prestigio, porque precisamente en el campo su *casa* se distinguía del resto de las cabañas campesinas ya que estaba fortificada y mejor construida, en piedra si se era un «grande», en madera si «pequeño».

La decadencia de la *pax romana* cambió la fisonomía del espacio rural. Antes protegidas por la administración romana, las antiguas habitaciones debieron fortificarse después a causa de la progresiva inseguridad del espacio geográfico. Tempranos testimonios de aquellas «villas» (*villae*) se conocen en el centro de Italia (*Latium*) y en la Galia durante el siglo IV, algunas de las cuales se mantuvieron largo tiempo hasta la época franca.